

D I A L O G O M A T U T I N O

CAPÍTULO DEL LIBRO "RODÓ Y NOSOTROS" PRÓXIMO A PUBLICARSE

Eran las primeras horas de una veraniega mañana de viva luminosidad. Paseaba con un amigo por la playa. Ambos estábamos vestidos para el baño y ambos acabábamos de salir de nuestros lechos. Todavía no nos habíamos despertado del todo, es decir, no estábamos en la plenitud del ejercicio de nuestra mente, que sólo se adquiere, como con los músculos, después de una breve gimnasia. Nuestro sueño había sido tranquilo y no nos inquietaba nada. Era el día aniversario de la muerte de José E. Rodó, y, como es natural, hablamos de su obra. Mi amigo se extendió serenamente, con firmeza de detalles y lujo de imágenes, sobre la riqueza de los materiales empleados por el «maestro»—así le llamaba—en sus construcciones.

—A mí me parecen visibles los huecos donde el albañil enchufó los palos que sostienen el andamiaje—le dije.

—¿Es que los edificios literarios—me replicó—deben construirse como los castillos de naipes, sin preparación y cálculo, sin premeditación y auxilios accidentales, librando la belleza a la casualidad o a las improvisaciones de la inspiración?

—No—le respondí—, sino que el mañoso artífice debe ocultar todo lo que en su obra no tenga asiento definitivo, despejar no sólo su fisonomía, sino también su fondo, de los accesorios de valor constructivo, una vez aprovechados. La naturalidad que admiramos en los grandes monumentos literarios no es otra cosa que este habilidoso disimulo.

—Pienso que esas condiciones naturales de claridad, son las mismas del acierto, que, en el acto absoluto de pensar, acto independiente de la voluntad, provienen de una composición que nada tiene que ver con el pensar mismo y a la que solemos llamar «pensar bien».

—Esta composición, pues — le dije—, invisible para quien analiza el pensamiento, es el oscuro e invisible andamiaje sobre el cual han ido levantándose y creciendo las ideas. Así como el pensar bien o mal, el acertar o no, nada tienen que ver con el pensamiento, las bellezas y fealdades de una obra de pensamientos — y no olvidemos que a Rodó le gustaba decir: «yo hago literatura de ideas» — más que de ella misma, dependen de los preparativos preliminares a la construcción, del plan, de la preparación extraña al pensar, aunque desaparece bajo la pura irradiación de éste.

—¿Quiere Vd. decirme entonces, amigo mío, que el pensamiento de Rodó no irradia con la fuerza de lo hondamente sentido? — me dijo.

—Quizá... Por de pronto no pretendamos que sus ideas progresen y se desenvuelvan en la inteligencia del lector, no busquemos problemas ni contingencias en ellas. Todas las derivaciones factibles Rodó las ha calculado y desenvuelto. Su obra ofrece a los espíritus pocas probabilidades de ejercitar su preparación específica para la sinceridad consigo mismo.

—Dice relación con lo que acaba Vd. de exponer, el estado en que comúnmente es recibida la literatura de Rodó, la ausencia de esa alegría sin reservas, de esa íntima festividad que ofrecemos a las cosas necesarias que nos visitan, a las palabras llenas de inefable claridad y dulce sucesión.

—Sí, mi amigo, porque hay una palabra interior a las palabras mismas, hay un nombre para

cada cosa que es una emanación del hecho absoluto de esta cosa, que no se gasta con el uso, ni se deforma si no es a riesgo de deformarla, un nombre representativo apesar de todo sinónimo, a semejanza de la mirada que hay en unos ojos que nos son conocidos, una mirada entre todas, que es, en rigor, la única, la total mirada de esos ojos y los ojos mismos. Bien, esta palabra, como las grandes revelaciones de Dios, gusta sorprender y escoge para presentarse situaciones insospechadas y campos los menos previstos para su florecimiento. El nombre de las cosas es símbolo, concepto puro, no tiene comienzo ni fin y como que es la prefiguración de algo absoluto, carece de visicitudes.

—¿Entonces, las ideas que Rodó ha encadenado en su obra, no son como esa palabra única y como esa mirada esencial de que Vd. me habla, la emanación completa de una personalidad, la revelación de un inconfundible espíritu, el trasunto de una voluntad?

—No. Y en vez de ello, visicitudes es lo que hay en la obra de Rodó, visicitudes de esteta, esfuerzos monstruosos y tentaculares, peregrinaciones dilatorias en todos los libros leídos, vacilaciones inherentes a la minuciosidad de los cotejos y tercas oposiciones aconsejadas por la incertidumbre.

Así, el parto suyo, ha sido más una voluptuosidad que una afirmación.

—La propia lentitud de su obra corrobora lo que me decía, y no es que a Rodó le torturasen profundas luchas interiores. Ninguno menos parecido al de Pascal que su espíritu. En vano intentaríamos buscar a través de toda su obra, de toda su vida, al homo duplex que habla en el célebre autor de los «Pensamientos». En vano también haríamos esfuerzos encaminados a desentrañarle un significado concreto y sólido, una definición síntesis de su espíritu.

—Sucede así, amigo mío, porque la de Rodó no es una de esas obras cuya explicación surge en gracia de firme y sólida comunión entre el autor y el mundo. No hay lazos visibles entre el espectáculo y el espectador; no hay, expuesta claramente al menos, la fuerza natural y fértil de donde emana el hecho de los pensamientos y a la cual, apesar de las divagaciones y las elegancias del literato debe volver inevitablemente, insensiblemente. De igual modo el holgazán esplendor de la flor se une al sombrío trabajo de la raíz, las anécdotas armónicas se enlazan, por virtud o apesar del artífice, al tema central en las composiciones musicales.

El sol se había levantado mucho y se sentía ya con mortificante rigor. Una pausa bastante larga fué suficiente para que mi compañero pensase en el frescor del agua cuyas olas llegaban junto a nosotros y para que me invitase a entrar en ella. Aceptado; pero le dije todavía estas últimas palabras:

—La inteligencia del hombre que corta selvas y hace ladrillos, debe ser, como la de la naturaleza que hace ríos y pone huevos aunque estricta y definida, profundamente resonante.

Federico MORADOR.

